

Poética de la ciudad fantasma

Bernardo Esquinca y Vicente Quirarte

En próximos días comienza a circular, bajo el sello editorial de Almadía, el segundo tomo de Ciudad fantasma, compilación de relato fantástico con el tema de la capital mexicana. En el prólogo que lo antecede y aquí se publica, los antologadores indican algunos motivos de su selección, así como las líneas fundamentales de una poética que contempla la urbe como suma de historias, presencias y encuentros insólitos.

En algún lugar del mutilado territorio,
diciembre de 2012

Amigos Esquinca y Quirarte:

Servicios secretos bibliográficos me hicieron llegar un ejemplar de *Ciudad fantasma*. Me sorprendió agradablemente saber que se trata de un primer volumen y que el segundo viene en camino. Sé que ustedes habrían querido entregármelo en persona: lo impide mi existencia trashumante y mi carencia de domicilio fijo. Nos debemos ese tequila para celebrar su aparición. Tiene que ser en una cantina del centro, en ese menguado inventario de una ciudad que algún día las tuvo todas. Es incomprendible: aunque proliferen otras formas de paraísos artificiales, no creo que hayan disminuido los borrachos, pero sí de manera alarmante las cantinas del centro. Desaparecen de la noche a la mañana. Las que a duras penas subsisten son como *Titanics* desiertos y a la deri-

va, a punto del hundimiento. Los fantasmas son los que no se van, y en su labor de cazadores hicieron un buen trabajo de recolección.

Qué bueno que no me paró la boca aquella tarde en Donceles cuando nos encontramos en la librería Infra-mundo. Qué bueno haberlos provocado y, mejor todavía, encontrar su respuesta en este libro. Me hubiera gustado un prólogo que situara de mejor manera al lector ante el bosque que le ofrecen, o que hubieran mencionado los dignos antecedentes de su propia aventura. En 1973, Emiliano González, autor fundamental del canon y quien recientemente nos entregó el primer volumen de su *Historia de la literatura mágica* (Editora y Distribuidora Azteca, 2007), publicó *Miedo en castellano. 28 relatos de lo macabro y lo fantástico*. Pero el más notable trabajo de esta naturaleza lo hizo la poeta Frida Varinia en el libro *Agonía de un instante. Antología del cuento fantástico mexicano* (1992), cuya selección se ve enriqueci-

da por un proemio de su padre, el maestro Raymundo Ramos, y un prólogo donde Frida —la Varinia— hace una minuciosa disección del género fantástico.

Inadmisiblemente no recordar el prólogo de Isabel Quiñones a las *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la Ciudad de México*, número 557 de la Colección Sepan Cuántos..., aparecido en 1988. Es un lugar común, injusto y pedante, descalificar los volúmenes de esa benemérita colección que tiene, además, ejemplos memorables de lo que debe de ser un prólogo: el de José Emilio Pacheco a las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob o el de Arturo Souto Alabarce a *Tirano Banderas* de Ramón María del Valle-Inclán. El escrito por Isabel Quiñones pertenece a ese linaje y no existe mejor síntesis sobre los orígenes y desarrollo de la literatura fantástica en México que el realizado por alguien que supo ser igual en forma y fondo. Isabel Quiñones, con s y sin acento. Sólo por joder. Lejana a los reflectores, tan discreta e insoportablemente bella, como sus palabras iluminadas, desaparecida tempranamente de este mundo. En nuestro veleidoso circo literario, nadie recuerda que es autora de uno de los libros de poemas más bellos y valientes escritos entre nosotros: *Esa forma de irnos alejando*, donde habla de la muerte del amado:

Buena es la muerte.
Termina el dolor
y el miedo
la dulce muerte.
Ilumina apacible,
no destroza;
el horror
que la prosigue
es obra de la vida.

Obviando el paréntesis de ésta que acaso es una póstuma declaración de amor, vuelvo a *Ciudad fantasma*. No podía estar ausente José Emilio Pacheco, cuyo primer libro de cuentos, *El viento distante*, que este 2013 cumple cuarenta años de su primera publicación, es una exploración del territorio de la infancia y su enfrentamiento con un mundo tan hostil y ajeno, que acaba por convertirse en siniestro. Yo hubiera preferido “Tenga para que se entretenga”, un magistral cuento de fantasmas situado, como bien saben, en el bosque de Chapultepec. Varios taxistas lo saben de memoria porque lo consideran real e incluso le añaden nuevos elementos. Luego conjeturé, al ver la lista de autores que aparecerán en el segundo volumen, que en su intento por dar mayor variedad a los hitos urbanos, espigaron “Las aventuras de Pipiolo en el bosque de Chapultepec”, un texto excepcional de nuestra tradición y salido además de la pluma de alguien considerado fundamen-

te historiador del arte, don Manuel Toussaint. Por cierto que Chapultepec es una cantera inagotable de presencias: piensen tan sólo en los numerosos restos enterrados a raíz de los enfrentamientos entre los ejércitos de México y el invasor de Estados Unidos en septiembre de 1847. No en vano Chapultepec fue el lugar elegido por nuestro poeta romántico Ignacio Rodríguez Galván para situar su “Profecía de Guatimoc”: el fantasma del último emperador azteca se aparece para recordar la caída de su ciudad, su gente y su cultura. Qué bueno igualmente que en el segundo tomo aparezca “Bodegón” de Guillermo Samperio, uno de los cuentos más extraños y bien estructurados escritos entre nosotros, y cuyo tema es el edificio que en 1910 alojó al pabellón japonés durante las fiestas del centenario, luego se convirtió en gabinete de horrores aunque su nombre fuera Museo de Historia Natural y actualmente continúa con su inquietante presencia, hito imprescindible en el imaginario fantástico de nuestra ciudad.

Espero con impaciencia el segundo volumen de *Ciudad fantasma*. Y, ¿por qué no?, un tercero con leyendas de cada una de las ciudades de nuestra vasta República, que debería titularse *País fantasma*. Una necesaria excursión a descubrir los nuevos misterios de México, en un territorio donde aumentan cada día, y donde las an-



mos con Varinia en la inclusión del cuento “Lanchitas” de José María Roa Bárcena, incluido en el tomo I de *Ciudad fantasma*. El libro de Varinia incluye autores como los decadentistas Carlos Díaz Dufoo, Ciro B. Ceballos y José Bernardo Couto, a los que inicialmente quisimos introducir; sus textos de naturaleza fantástica o extraña — *Tales of the Arabesque and the Grotesque* los denominó su maestro Poe— no hacen alusión precisa a la Ciudad de México, aunque por la experiencia vital de los autores podemos adivinar que se trata de ella. Semejante prurito nos condujo inicialmente a excluir a un autor imprescindible en la ortodoxia de la literatura fantástica mexicana, Francisco Tario, el cual no nombra el espacio de nuestra capital pero sitúa algunas de sus perturbadoras narraciones en ambientes urbanos. Varios de los lectores de nuestro tomo I nos reclamaron, con justa razón, su ausencia. De ahí el retorno triunfal y necesario de su relato “Ragú de ternera”. Así como cada día aumenta el número de lectores de Tario, la literatura de Carlos Valdés crece con los años. Su colección de cuentos *Dos y los muertos* refleja desde el título la condición de sus personajes, próximos a Raskólnikov y al creado por Franz Kafka en su propia persona: seres que de su soledad extraen su fuerza y orgullo para vivir la vida con más profundidad de quienes solamente la toleran.

También tiene razón Monge en que nuestro prólogo debió haber tenido en cuenta a autores y obras por él mencionadas. Naturalmente, el prólogo de Isabel Quiñones citado por Monge es una referencia fundamental para cualquier interesado en estudiar sistemáticamente la literatura fantástica de las leyendas de la capital recogidas y puestas en verso por autores de la República restaurada como Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza, cuyas *Tradiciones y leyendas mexicanas* fueron prologadas en un excelente trabajo por Jorge Ruedas de la Serna

en 1996. Investigadora de tiempo completo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en 1990, bajo el sello editorial del propio Instituto, Isabel Quiñones publicó un libro antecesor y hermano del presente: *De Don Juan Manuel a Pachita la alfajorera. Legendaria publicada en la ciudad de México*.

La corriente denominada colonialista es heredera de los afanes de los autores antes citados, y su existencia se explica en parte por el traslado a un paisaje y un tiempo acaso mejores, ante los embates del movimiento revolucionario. Alfonso Cravioto, Genaro Estrada, Mariano Silva y Aceves escribieron libros donde la ciudad colonial aparece en todo su esplendor. En el primer volumen de este libro incluimos “La Llorona”, de Artemio de Valle Arizpe, el único entre los autores de ese género que cultivó en prosa las leyendas fantásticas de la Colonia, algunas de las cuales aparecen en pluma de los autores antes citados, pero en forma de crónicas, ensayos o viñetas al modo de Aloysius Bertrand, maestro reconocido por Charles Baudelaire en el prólogo a sus *Petits poèmes en prose*.

II

El siglo XVIII es el de la razón pero también el de las supersticiones. En 1790 surgen a la superficie las monumentales Coatlicue y la Piedra de Sol. Es en ese siglo cuando la palabra *vampiro* aparece por escrito en documentos que dan constancia de extraños casos donde los muertos regresan a alimentarse con la sangre de los vivos: de ahí el nombre que se les da de *revinientes*. De los numerosos tratados sobre vampiros, uno de los más autorizados y completos fue el escrito por el fraile benedictino de la abadía de Sénones y exégeta de la *Biblia Dom*



© Carlos Jurado / Colección del artista



© Carlos Jurado / Colección del artista

Carlos Jurado, serie *Edificio Condesa*, 1985

tiguas piedras hablan con más fuerza, a pesar del asfalto, el cristal y el acero. Los abraza fraternalmente,

Gregorio Monge

HACIA UNA POÉTICA DE LA CIUDAD FANTASMA

I

Inicia este volumen la carta enviada a nosotros por Gregorio Monge, provocador de la obra, como queda claro en su texto y en el prólogo al primer volumen de *Ciudad fantasma*. La epístola contribuye a modificar su leyenda de criatura ágrafa. Como Howard Phillips Lovecraft, Monge dedica su tiempo a la lectura, a revisar textos de otros y a escribir cartas de manera obsesiva, invariablemente enviadas por correo convencional y con timbres postales. Si se reunieran las innumerables enviadas a sus más bien pocos pero buenos amigos podría surgir un volumen considerable.

La auténtica literatura es fantástica: vulnera, subvierte y transforma la existencia dictada por la norma. Sin embargo, de acuerdo con la definición clásica de Tzvetan Todorov, lo fantástico es “aquel acontecimiento imposible de explicar por las leyes del mundo familiar o cotidiano de nuestra realidad”. Caso extremo, el de la literatura de terror o el cuento de fantasmas, a cuya estructura tradicional se acoge la mayor parte de nuestra selección.

El carácter insólito de ciertas situaciones aproxima los textos al sentido de lo siniestro, que Sigmund Freud establecía como opuesto a lo doméstico. De ahí el acierto de la definición de Arthur Machen cuando afirma que lo más terrorífico que podría sucedernos, lo más le-

jano a nuestros hábitos, es que una rosa hablara y nos diera los buenos días. Por lo tanto, aquí figuran narraciones insólitas como la de Ignacio Solares sobre un individuo —niño o adulto incapacitado, no lo sabemos— que nunca ha estado físicamente en el centro de la Ciudad de México pero la atesora y la sueña, o de una realidad que se antoja fantástica y barroca, como ocurre en el texto “Bodegón” de Guillermo Samperio: la otredad de Otto, el personaje central, lo aproxima a seres limítrofes entre la fascinación y el terror. El cuento obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento convocado por la UNAM a raíz de la restauración del Museo del Chopo en 1975, y cuyo tema único era el enigmático edificio. En el libro *El cuento en el museo del Chopo*, se publicaron los diez cuentos finalistas. Aunque nuestra idea inicial fue que en este libro apareciera la mayor variedad posible de hitos urbanos, incluimos otro texto de esa colección, debido a la pluma de Emiliano González, que ha leído inmejorablemente a Arthur Machen, y entiende su idea del pecado como vecino y cómplice del mal.

Como bien afirma Monge, bajo el sello de Quadri-
vium Editores, Frida Varinia dio a luz en 1992 un libro que merece ser reeditado: *Agonía de un instante. Antología del cuento fantástico mexicano*, cuyo primer autor incluido en el tiempo es José Justo Gómez de la Cortina, más conocido por su título nobiliario, Conde de la Cortina, con su versión de la calle de don Juan Manuel, hasta escritores contemporáneos como Luis Arturo Ramos. De acuerdo con Luis Leal, el del Conde de la Cortina es el primer cuento legendario publicado en México, pues apareció en 1835 en *Revista mexicana*.¹ Coincidi-

¹ Citado por Isabel Quinoénes, prólogo a Juan de Dios Peza, *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la Ciudad de México*, Porrúa, México, 1988, p. XXVIII. Colección Sepan Cuántos 557.



Augustin Calmet, quien en 1751 da a la luz su libro *Dissertation sur les revenants en corps, les excommuniés, les oupires ou vampires, brucolaques*, más conocido como *Tratado sobre los vampiros* y traducido al español por Lorenzo Martín del Burgo. En el siglo XVIII, el de la Razón y el Iluminismo, los vampiros despertaban curiosidad, interés y a veces franco fanatismo entre los escritores “serios”, y los clérigos. Aunque el espíritu de la Ilustración no invadió a los escritores españoles de manera tan violenta como a los franceses, Benito Jerónimo Feijóo fue uno de los autores más preocupados por desterrar las sombras de la superstición. El título completo de su texto, incluido en sus *Cartas eruditas*, es “Reflexiones críticas sobre las Disertaciones, que en orden de Apariciones de Espíritus, y los llamados Vampiros, dio a luz poco ha el célebre Benedictino y famoso expositor de la Biblia D. Agustín Calmet”. Es revelador notar que Feijóo escribe en cursivas y con mayúsculas la palabra *Vampiro*, pues en el siglo XVIII comenzaba apenas a ser una voz aceptada por la Academia, por generalizado que estuviera su uso.

En la célebre *Encyclopédie* dirigida por Denis Diderot y M. D’Alembert aparece la siguiente definición:

Vampiro. Es el nombre que se le ha dado a pretendidos demonios que succionan durante la noche la sangre de cuerpos vivos y la llevan a cadáveres en los que puede verse la sangre salir de la boca, la nariz y los oídos. El padre Calmet hizo sobre el tema una obra absurda de la cual no se le hubiera creído capaz, pero que sirve para demostrar hasta qué grado el espíritu humano se deja llevar por la superstición.²

² *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. À Livourne, de L’Imprimerie des Éditeurs, 1775, V. 16, p. 791.

Por una parte, el texto deja claramente establecida la importancia que una criatura clasificada en la “Historia de las supersticiones” merecía tal atención. En su crítica a la existencia de los vampiros Feijóo afirma: “Por otra parte, pretender que por verdadero milagro los *Vampiros*, o se conservan vivos en los sepulcros o, muertos como los demás, resucitan, es una extravagancia, indigna de que aún se piense en ella. ¿Qué fin se puede imaginar para esos milagros? ¿Por qué se obran sólo en el tiempo dicho? ¿Por qué sólo en las regiones expresadas? Se han visto resurrecciones milagrosas. Y no sólo se deben creer las que constan en la escritura, aunque no tengan el grado de certeza infalible que aquéllas. Pero en esas resurrecciones se ha manifestado algún santo motivo, que Dios tuvo para obrarlas. En las de los *Vampiros* ninguna se descubre”.

Si el siglo XVIII ensalzaba la razón, el XIX, con la llegada del Romanticismo, exaltó la presencia de fantasmas. El pensamiento de la Reforma deseaba expulsar toda idea de superstición. Escribe Francisco Zarco en una crónica fundamental, titulada “México de noche”, publicada en 1851:

Ya no hay ladrones astutos como Garatusa, ni encebados ni endiablados como en los tiempos de Revillagigedo, ni todas aquellas aventuras extrañas de la época del buen conde, ni velorios en que se baile delante del muerto, ni espantos, ni apariciones en las casas de vecindad, ni padres que dicen misa a medianoche, ni ahorcados que vagan por la ciudad. Ya aun la tradición se pierde en el vulgo mismo de la Llorona, del coche de la lumbre y de otras mil curiosidades que se prestan al romance y a la leyenda.³

El escéptico Zarco no alcanzó a ver que las realidades y leyendas del México colonial dotarían de un filón inagotable a futuros escritores en los que la noche y sus fantasmas, concretos e intangibles, desempeñan un papel fundamental. Con la República triunfante, los autores liberales, en su afán por subrayar el retroceso que significó a su juicio la historia colonial, exploran los archivos de la Inquisición, cuyo resultado será una novela como *Monja, casada, virgen y mártir* de Vicente Riva Palacio, que en 1871 publica, en coautoría con Manuel Payno, *El libro rojo*, donde al lado de los textos es preciso destacar la alta calidad de las litografías, verdaderos murales en los que el analfabeto accedía de manera más democrática a la contemplación de los protagonistas de su Historia. Aunque sus textos se ofrecen más como crónicas históricas que como textos literarios, hay en el libro una serie de acotaciones que mueven a refle-

³ Francisco Zarco, “México de noche”, *La Ilustración Mexicana III*, en *Obra literaria*, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, México, 1994, p. 549.

xionar en las fronteras existentes entre la exposición concreta de los hechos y su exaltación lírica.

Desde el título, la obra explica su tesis: la historia de México —desde los tiempos anteriores a la Conquista hasta la muerte de Maximiliano— considerada como una síntesis de violencia, traición y sacrificio. Llama la atención que Riva Palacio haga la relación del fusilamiento de los generales Arteaga y Salazar y que Rafael Martínez de la Torre, que tuvo a su cargo junto a Mariano Riva Palacio —padre de Vicente— la defensa de Maximiliano, sea el autor del texto dedicado al archiduque. Pero ambos hechos resultan, desde el punto de vista literario, auténticos desafíos de los que sus autores salen victoriosos al hablar de hechos muy cercanos a ellos. Logran, finalmente, salvar el escollo del sentimentalismo y la grandilocuencia para dar, en la mayoría de los casos, la objetividad y altura necesarias.

III

La evolución de las leyendas situadas en la Ciudad de México es resumida admirablemente por Isabel Quiñones:

De José Justo Gómez de la Cortina a Juan de Dios Peza se practican las anécdotas milagrosas, el tema sepulcral, las desgracias y dichas amorosas junto con historias de tiempos prehispánicos y narraciones de la saga independentista, las intervenciones y la Reforma.

En pleno positivismo, Luis González Obregón hizo aparecer el “tradicionalismo” (que creara en Perú Ricardo Palma), combinando en sus textos historia y literatura. Su actitud fue la del culto rescatador de “una lengua muerta que se corrompe, que se pierde cada día más y más”. Tesitura semejante es la de los colonialistas. Atildados, arcaizantes, poco poetas pero bien documentados, los colonialistas traslucen el ansia de refugiarse en un pasado muerto para sustraerse de la eclosión revolucionaria que les tocó vivir.⁴

La Ciudad de México de este nuevo siglo no ha renunciado a la lectura alterna de sus rincones más ocultos y siniestros. Con nuevas notas, autores del siglo XXI descifran los más nuevos misterios de México, ya con referencia a mitos ancestrales, ya con la aparición de nuevas faunas, como refleja en su relato Norma Macías Dávalos sobre los verdaderos hijos de la noche: niños silvestres que nacen sin el privilegio de la inocencia y de inmediato se integran a la lucha por la supervivencia, agrupados para enfrentar el monstruo interior, a punto de corromper su no experimentada inocencia. *Los desechables* son llamados en la ciudad colombiana de Me-

⁴ Isabel Quiñones, *op. cit.*, p. XXV.



© Carlos Jurado / Colección del artista

dellín, uno de los espacios donde las noches de asfalto propician su actuación cotidiana y terrible, su existencia tan fugaz que aspira a la eternidad. En esta marginalidad está su otredad.

Como en el volumen anterior, esta segunda entrega de *Ciudad fantasma* sigue un orden cronológico, e incluye tanto textos plenamente afianzados en el canon de la literatura fantástica como aquellos escritos por autores de promociones más recientes e igualmente importantes: Norma Lazo, Mauricio Montiel Figueiras, Bernardo Fernández “Bef” y Luis Jorge Boone. Abre el volumen la narración sensacionalista, sádica y truculenta concebida por el más bien sobrio Luis González Obregón. De acuerdo con él, durante el virreinato “la existencia de aquellos envidiables varones corría mansa como un arroyo, monótona como el chorro de una fuente y tranquila como la conciencia de una monja”. Sin embargo, bajo este transcurrir idílico que recrea en su *México viejo*, la bruja elaboraba pócimas secretas, el hereje sufría toda clase de torturas, los amantes desafiaban la institución del matrimonio, y el asesino tenía la irónica decencia de interrogar a la víctima sobre la hora en la cual iba a matarlo.

El último texto es obra de Luisa Iglesias Arvide, la más joven de las autoras de este libro, que demuestra la vigencia del género. Su texto apocalíptico sobre una Ciudad de México que espera el momento de su inevitable fin cierra el periplo iniciado con “La Llorona” en el volumen anterior: el arco narrativo va de la leyenda fundacional de esta urbe al relato que anuncia su destrucción. Algo necesario pues, como nos enseña el tiempo cíclico de los mitos, de las ruinas renacen la vida y sus continuadores.

Hacemos votos porque el culto a Nuestra Señora de la Fantasía jamás se extinga. **u**